

**Universidad Nacional de Salta**  
**Facultad de Humanidades**  
**Escuela de Historia**  
**Introducción a la Historia de las Sociedades**  
**Prof. Quiñonez Mercedes**



**Trabajo Práctico N° 6**  
**Sigler, Tamara Agostina - DNI 46059254 - Lic. en Filosofía**  
**2025**

1 - Al estudiar la estructura económico-social de Rusia, Trotsky plantea que la rige la ley de desarrollo "desigual y combinado". Esta significa que los países atrasados, en el marco mundial del capitalismo ya desarrollado, avanzan a saltos (sin pasar por procesos/etapas por las que pasaron otros países) y entonces se produce en ellos una amalgama entre formas arcaicas y modernas de lo económico, social, político y cultural. Así, Rusia puede definirse como semifeudal. Como lo hicimos en el caso de Francia en 1789, analizar la bibliografía indicada y puntualizar:

a- Clases o grupos socio-económicos en Rusia a principios del siglo XX tanto en el campo y la ciudad. Caracterizar también el régimen político de Rusia.

b- Sectores/agrupaciones/tendencias políticas que actúan. Proyecto político/objetivos de cada uno.

La comprensión de la estructura socioeconómica de la Rusia de principios del siglo XX no puede realizarse mediante la aplicación de esquemas lineales de desarrollo, propios de la experiencia histórica de Europa Occidental, sino que requiere de un marco teórico capaz de dar cuenta de su singularidad. En este sentido, la ley del desarrollo "desigual y combinado" formulada por León Trotsky se erige como el instrumento analítico más pertinente. Según el autor:

El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que la patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados vense obligados a avanzar a saltos. (Trotsky, 2015, p. 31).

Esta condición de rezago y aceleración forzosa da lugar a una dinámica particular, pues

De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarrollo combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la confusión de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas. (Trotsky, 2015, p. 31)

Bajo este prisma, la Rusia prerevolucionaria se configura como un espacio donde lo feudal y lo capitalista, lo arcaico y lo moderno, no son fases sucesivas sino dimensiones coexistentes y profundamente entrelazadas, determinando la naturaleza de sus clases sociales, su régimen político y, en última instancia, el curso de su revolución.

Bajo la lógica del desarrollo combinado, la Rusia de principios del siglo XX presentaba una fisonomía social y política marcada por contradicciones extremas. El régimen político era una autocracia zarista anacrónica, cuyo funcionamiento se caracterizaba por la incoherencia y la represión sistemática. Esta construcción política superestructural descansaba sobre una base social que, en palabras de Lettieri, constituía "una de las sociedades más retrasadas de Europa", una "sociedad aristocrática,

con una monarquía absoluta” y”compuesta por grandes terratenientes muy poderosos y campesinos miserables, la mayoría de ellos sin tierra” (Galván, 2020, p. 4). En el campo, por tanto, la dinámica era abiertamente semifeudal, un diagnóstico que Trotsky sustenta al afirmar que

Los elementos fundamentales del feudalismo ruso eran los mismos que los de Occidente. Pero el solo hecho de que la existencia en Rusia de una época feudal haya tenido que demostrarse mediante largas polémicas científicas, es ya claro indicio del carácter imperfecto del feudalismo ruso, de sus formas indefinidas. (Trotsky, 2015, p. 30)

La tensión en el ámbito rural se expresaba en la”jacquerie campesina” que, mediante métodos como”negarse a pagar el arriendo y la deuda acumulada por la liberación de 1861” o”destrozar la maquinaria”, buscaba privar a los terratenientes del libre acceso a su propiedad (Horowicz, 2018, p. 327).

No obstante, esta realidad arcaica se combinaba con la presencia de un proletariado industrial moderno y concentrado. La peculiaridad del desarrollo urbano ruso, donde”las viejas ciudades rusas eran centros comerciales, administrativos, militares y de la nobleza; centros, por consiguiente, consumidores y no productores” (Trotsky, 2015, p. 33), fue superada por una industrialización tardía pero intensa.”Nacida tarde, no repite la evolución de los países avanzados, sino que se incorpora a éstos, adaptando a su atraso propio las conquistas más modernas”, de modo que”la industria rusa pudo desarrollarse en algunos momentos con una rapidez extraordinaria” (Trotsky, 2015, p. 34). Este proceso generó un proletariado con una composición heterogénea, otro reflejo de la combinación:”Al tiempo que en la industria metalúrgica, sobre todo en Petersburgo, cristalizaba y surgía una categoría de proletarios depurados que habían roto completamente con la aldea, en los Urales seguía predominando el tipo obrero de semiproletario, semicampesino” (Trotsky, 2015, p. 35). Esta amalgama entre el atraso secular y la modernidad industrial más avanzada es la que define la esencia del desarrollo combinado:

Es precisamente en el campo de la economía donde se manifiesta con su máximo relieve la ley del desarrollo combinado. Y así, mientras que hasta el momento mismo de estallar la revolución, la agricultura se mantenía, con pequeñas excepciones, casi en el mismo nivel del siglo XVII, la industria, en lo que a su técnica y a su estructura capitalista se refería, estaba al nivel de los países más avanzados. (Trotsky, 2015, p. 35).

Sobre esta base socioeconómica híbrida se articulaban tres grandes bloques políticos con proyectos antagónicos. En primer lugar, el régimen zarista, personificación de la autocracia, cuyo proyecto se reducía a la conservación del status quo por medio de la fuerza, tal como lo ejemplifica la lógica de Nicolás II:”si se puede reprimir, para qué conciliar”

(Horowicz, 2018, p. 295). Frente a este poder, se erigía la oposición liberal o burguesa, cuyo objetivo no era la revolución social, sino la transformación del régimen en una monarquía constitucional. Este sector, representado por figuras como Mirski, "intentó transformar, pacíficamente, a un autócrata convencido en monarca semi constitucional. Creyó que Nicolás aprobaría finalmente el sempiterno programa liberal" (Horowicz, 2018, p. 298). Su método de acción fue la presión legalista, como la "campana de banquetes —copiando el modelo de Francia en 1848—, donde los invitados brindaban por la libertad y la constitución" (Horowicz, 2018, p. 300). Sin embargo, su incapacidad para movilizar a las masas y su temor a la revolución desde abajo los llevaría a un callejón sin salida, pues "los Liberales estaban tan decididos como los conservadores a impedir la revolución" (Horowicz, 2018, p. 329).

El tercer bloque, la oposición revolucionaria, tenía como sujeto central al proletariado industrial. Su proyecto político no se limitaba a reformas constitucionales, sino que apuntaba a la destrucción misma del zarismo y la instauración de un poder obrero. Este proceso de radicalización no fue espontáneo, sino que se forjó en la práctica de la lucha:

De peticiones piadosas al zar para la mejora de las condiciones espantosas de trabajo de los obreros de San Petersburgo, se pasó con rapidez, sobre la experiencia de la represión del domingo sangriento, a demandas políticas: fin de la autocracia, asamblea constituyente, sufragio universal y más tarde a la creación de órganos de poder obrero: los soviets, surgidos de la propia lucha de masas. (Galván, 2020, pp. 4-5)

El soviets se erigió así en el embrión de un poder dual, un contrapoder obrero frente al Estado zarista. Al respecto, existían divergencias tácticas al interior del campo socialista. Mientras que "para los bolcheviques el soviets debía aceptar de antemano la orientación del partido", Trotsky sostenía que "el soviets debe ser la representación de todos los obreros, socialistas o no, con o sin partido", es decir, "una suerte de comité de huelga general unitario, que en el desarrollo de la lucha se transforma en conducción política" (Horowicz, 2018, pp. 318-319). El proyecto del soviets se materializaba en reivindicaciones que desbordaban el marco liberal, como "tomar medidas inmediatas para regular el abastecimiento alimentario de los trabajadores" o "entregar dinero a la Caja Municipal al Soviet para el armamento del proletariado" (Horowicz, 2018, p. 324). La lógica de este doble poder era inexorable: "El soviets para sobrevivir debe derrocar al zar, Nicolás no lo ignora y los integrantes del soviets tampoco, ese es el *dvoevlastie*" (Horowicz, 2018, p. 325).

En definitiva, la Rusia prerevolucionaria constituye el ejemplo paradigmático de la ley del desarrollo desigual y combinado. La amalgama de formas arcaicas, como el zarismo y la estructura semifeudal en el campo, con formas modernas, como un proletariado concentrado en grandes polos industriales, la presencia de partidos políticos socialistas y la

emergencia de órganos de poder obrero como los soviets, define la peculiaridad de su trayectoria histórica. Esta combinación no fue un mero eclecticismo, sino una síntesis explosiva que determinó la dinámica de la revolución. La extrema debilidad de la burguesía liberal, atada a los intereses del capital extranjero y aterrorizada por el potencial revolucionario de las masas, la incapacidad del zarismo para implementar reformas sustanciales y la radicalización de un proletariado que, pese a su juventud, poseía una enorme fuerza social por su concentración, crearon las condiciones para un desenlace que no se ajustaba a los cánones de las revoluciones burguesas clásicas. Como sentencia Trotsky, "la ley del desarrollo social combinado se nos presenta aquí en su expresión última: la revolución, que comienza derrumbando toda la podredumbre medieval, a la vuelta de pocos meses lleva al poder al proletariado acaudillado por el partido comunista" (2015, p. 37). La revolución rusa, por tanto, no puede ser comprendida como un simple reflejo de la francesa, sino como un proceso singular donde la combinación de lo arcaico y lo moderno generó una forma política nueva, destinada a marcar un siglo entero.

2- Elaborar un texto de no más de 2 páginas sobre la Revolución del año 1905, que responda a los siguientes ítems:

a- Contexto internacional.

b- Diferentes sectores sociales y políticos que participan, cómo lo hacen, y con qué objetivos.

c- Caracterizar las principales transformaciones políticas y de la organización social que se producen. Establecer las limitaciones de esas transformaciones.

d- ¿De qué tipo de revolución se trata?

La Revolución Rusa de 1905 constituyó un punto de quiebre histórico que, lejos de ser un mero preludeo, funcionó como un "ensayo general" donde las masas desafiaron los cimientos de la autocracia con métodos novedosos. Su impacto excedió las fronteras rusas, irradiando hacia Europa, donde, según Galván (2020), "desde 1905 hasta 1914, Europa se ve dominada por el resurgimiento de importantes acciones de masas a raíz de la revolución rusa de 1905" (p. 3). Así, 1905 se erige como el catalizador de un nuevo ciclo de luchas que puso en evidencia la potencia revolucionaria del proletariado.

El estallido revolucionario no puede disociarse de la desastrosa guerra ruso-japonesa (1904-1905). Este conflicto actuó como el detonante que evidenció la debilidad orgánica del régimen zarista. Horowicz (2018) lo sintetiza: "Rusia ya no estaba en condiciones de enfrentar militarmente a ninguna de las potencias de su tiempo [...] Para Rusia la guerra equivalía a derrota y la derrota no podía no intensificar la crisis política" (p. 311). La coyuntura bélica creó las condiciones para que se materializara la esperanza de emancipación de la que habla Galván (2020), pues "toda crisis del sistema abre una

esperanza de emancipación para la clase oprimida" (p. 1). La derrota militar convirtió la posibilidad abstracta de la revolución en una necesidad histórica concreta.

La chispa de la revolución surgió de las fábricas. Una huelga en la gigantesca planta Putilov escaló rápidamente, llegando a movilizar a 120.000 obreros en San Petersburgo (Horowicz, 2018). Esta movilización cristalizó en la marcha pacífica del "Domingo Sangriento", cuyo "módico petitorio" al zar obtuvo "la consabida respuesta": la represión (Horowicz, 2018). En ese momento, como relata Horowicz (2018), el cura Gapón respondió instantes antes de su muerte: «¡Ya no hay Dios, ni zar!» (p. 306), simbolizando la ruptura definitiva con la monarquía. A partir de esta experiencia traumática, el proletariado inició un rápido aprendizaje político, pasando "de peticiones piadosas al zar [...] a demandas políticas: fin de la autocracia, asamblea constituyente, sufragio universal y más tarde a la creación de órganos de poder obrero: los soviets" (Galván, 2020, pp. 4-5).

Si bien el proletariado fue el actor central, la revolución articuló a otros sectores. La burguesía liberal, agrupada en la "Unión de Liberación", llevó a cabo una "campana de banquetes [...] donde los invitados brindaban por la libertad y la constitución" (Horowicz, 2018, p. 300). Paralelamente, el campo estalló en una violenta "jacquerie campesina" que buscaba resolver la cuestión agraria a su favor (Horowicz, 2018). Sin embargo, la creación más original fue el Soviet de diputados obreros. Este órgano, un "comité de huelga general unitario, que en el desarrollo de la lucha se transforma en conducción política" (Horowicz, 2018, pp. 318-319), se erigió como la dirección real del movimiento, un embrión de doble poder que disputaba la autoridad al gobierno zarista.

La presión revolucionaria, culminando en la huelga general de octubre, obligó al zar a promulgar el Manifiesto de Octubre, que prometía "libertades de conciencia, expresión, reunión y asociación" y la creación de una Duma Estatal con poder legislativo (Horowicz, 2018). No obstante, la transformación más profunda fue la conquista de libertades de facto por el movimiento obrero, que "garantizó por primera vez en Rusia la libertad de expresión", creando los "primeros atisbos del doble poder" (Horowicz, 2018, p. 317). El soviet comenzó a ejercer funciones de gobierno paralelas, exigiendo, por ejemplo, el control del abastecimiento alimentario y fondos para el armamento del proletariado (Horowicz, 2018, p. 324).

Sin embargo, estas conquistas encontraron límites infranqueables. Las reformas del Manifiesto fueron una maniobra dilatoria. La Duma vería pronto recortados sus poderes. Fundamentalmente, la correlación de fuerzas no era aún favorable. "Los obreros de San Petersburgo [...] no podían derrocar al gobierno, ni coexistir con él" (Horowicz, 2018, pp. 325-326). La insurrección de diciembre fue aplastada. Un factor clave fue el comportamiento de la burguesía liberal que, "adocetrinada por las enseñanzas de 1905, [...] se hizo aún más

conservadora y suspicaz" (Trotsky, 2015, p. 36), prefiriendo pactar con la autocracia antes que arriesgarse a una revolución social.

La Revolución de 1905 posee un carácter híbrido. Por sus tareas —derribar la autocracia y establecer libertades burguesas— fue una revolución democrática. Pero por sus métodos y su fuerza motriz, tuvo un contenido proletario inédito. Horowicz (2018) la define como una "revolución democrática" iniciada con "métodos plebeyos". La huelga de masas se reveló como el arma fundamental, dejando de ser vista como anarquista para ser considerada "el arma más poderosa de la lucha política" (Galván, 2020, pp. 5-6). A través de ella, el proletariado comprobó que nada funciona sin ellos (Galván, 2020).

En definitiva, 1905 fue el laboratorio donde se forjaron las herramientas —el soviét, la huelga general— que definirían 1917. Aunque derrotada, fue una victoria estratégica. Demostró que la autocracia era vulnerable y que el proletariado podía erigirse en sujeto hegemónico de un proceso revolucionario, cumpliendo el primer acto del drama que, como señala Trotsky (2015), llevaría en 1917 al poder al proletariado.

3- Examinar el texto de Fontana para responder a la consigna 2 pero en relación a la revolución de febrero y octubre de 1917.

El año 1917 constituye uno de aquellos hitos históricos que, lejos de representar un mero cambio de gobierno, fracturó la continuidad temporal entre un "antes" y un "después", reconfigurando por completo las estructuras políticas, sociales y económicas del vasto imperio ruso. Este proceso, sin embargo, no fue un evento único, sino la concatenación de dos revoluciones de distinto signo: la de Febrero, que derribó la autocracia zarista, y la de Octubre, que instauró el primer Estado obrero del mundo. El contexto inmediato que explica esta convulsión generalizada fue, indudablemente, la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial. Como señala Fontana (2017), "Rusia entró en la guerra mal preparada, con una población descontenta del gobierno y una familia real desacreditada: un zar de limitada inteligencia [...] y una zarina alemana dominada por un monje embaucador" (p. 59). Esta incapacidad estructural se tradujo en una carnicería sin precedentes: "El esfuerzo por la guerra fue muy duro, hasta llevar el país al desastre. Habían movilizado más que ningún otro contrincante, unos quince millones de hombres, y tuvieron dos millones de muertos" (Fontana, 2017, p. 59). Ante este panorama, no resulta sorprendente que, "antes de que comenzaran los movimientos revolucionarios de 1917, afirma Suny, «la nación estaba al borde de la guerra civil»" (Fontana, 2017, p. 59). La guerra, en suma, actuó como el catalizador que transformó el malestar latente en una crisis revolucionaria abierta.

La Revolución de Febrero estalló de manera espontánea, como una explosión social desde abajo. "En la última semana de febrero de 1917 faltaba el pan en Petrogrado [...] donde había manifestaciones, huelgas y una confusión general" (Fontana, 2017, p. 59). La

chispa definitiva la encendieron las mujeres:"El 23 de febrero, el Día Internacional de la Mujer, se inició en la ciudad una huelga de las trabajadoras de las fábricas de tejidos, que el 25 se había convertido ya en huelga general" (Fontana, 2017, p. 59). La respuesta inicial del régimen fue la represión, replicando "disparando sobre la multitud" (Fontana, 2017). No obstante, el punto de inflexión decisivo se produjo cuando la base misma del poder zarista se quebró:"El lunes 27, sin embargo, fueron los propios soldados los que se rebelaron y empezaron a unirse a los trabajadores" (Fontana, 2017, p. 59). Este movimiento careció inicialmente de una dirección centralizada, pues "la revolución de febrero, se ha dicho, fue un movimiento que surgió espontáneamente, sin líderes que la dirigieran, puesto que los partidos revolucionarios tenían a sus jefes en el extranjero, en Siberia o en la cárcel" (Fontana, 2017, p. 61). Ante el colapso de la autoridad, "el zar decidió [...] abdicar" y su hermano, el gran duque Miguel, "renunció a la corona, reconociendo que el poder estaba de hecho en manos del gobierno salido de la revolución" (Fontana, 2017, p. 60). De este modo, en apenas unos días, tres siglos de dinastía Romanov se esfumaron.

Sin embargo, la caída del zarismo no resolvió la cuestión fundamental del poder, sino que inauguró un período de "doble poder" (dvoevlastie). Por un lado, se formó un "Comité provisional de la «duma» [...] con el objetivo de tomar el poder en sus manos" (Fontana, 2017, p. 60). Por el otro, y de forma paralela, "se formó entonces el «Comité Ejecutivo provisional del sóviet de representantes de los trabajadores», al que se unieron después los representantes de los consejos o sóviets de los soldados" (Fontana, 2017, p. 60). Esta dualidad no se limitaba a las altas esferas, sino que se extendía a la base de la sociedad: "los trabajadores de las fábricas comenzaron a ejercer un cierto grado de control a través de unos comités que, sostiene Samuel A. Smith, «se convirtieron en una parte central del "contraestado" que los obreros construyeron entre febrero y octubre [...]»" (Fontana, 2017, p. 60). El Gobierno Provisional, de orientación burguesa y liberal, se mantuvo fiel a los compromisos con los Aliados y optó por continuar la guerra, una decisión que lo desgastaría rápidamente. Fue en este contexto de crisis y vacío de poder que llegó a Petrogrado, facilitado por Alemania, Vladimir Lenin, quien en su discurso de llegada lanzó un programa radical: «El pueblo necesita paz; el pueblo necesita pan; el pueblo necesita tierra. Y le dan guerra, hambre, no pan, y dejan a los terratenientes en la tierra. Hemos de luchar por la revolución social, luchar hasta el fin, hasta la victoria completa del proletariado» (Fontana, 2017, p. 62).

Las llamadas "Tesis de Abril" de Lenin planteaban una ruptura total con el orden emergente de Febrero. Su punto más innovador, según Fontana (2017):

Era el que sostenía que [...] no tenía sentido alguno optar, como hacían el gobierno provisional y sus aliados, por una república parlamentaria burguesa, sino que debía

irse a un sistema en que el poder estuviese en manos de los sóviets o consejos. (p. 62)

Aunque "fueron mal recibidas inicialmente por muchos militantes bolcheviques" (Fontana, 2017, p. 63), la realidad se encargó de darles razón. El Gobierno Provisional veía cómo "progresivamente el control [...] sobre el país se desvanecía y el ejército se desintegraba en medio de las revueltas y las desertiones" (Fontana, 2017, p. 63). La fallida ofensiva de julio de 1917 y la subsiguiente represión contra los bolcheviques, que obligó a Lenin a huir, mostraron los límites de la revolución burguesa y la profundización de la crisis. "Mientras tanto los generales exigían al gobierno que restableciera su autoridad [...] y que acabase con el poder dual que ejercían comités y sóviets" (Fontana, 2017, p. 64), una exigencia que el gobierno era ya incapaz de cumplir.

La insurrección de Octubre, por tanto, no fue un golpe de mano minoritario, sino la resolución violenta de la crisis de poder abierta en Febrero. "El Comité Militar Revolucionario [...] comenzó la operación tomando los puentes [...] y ocupó los telégrafos, los teléfonos, el correo y las estaciones de ferrocarril, sin encontrar resistencia" (Fontana, 2017, p. 65). El célebre asalto al Palacio de Invierno "no parece haber sido un acontecimiento épico [...] Fue, por otra parte, un suceso aislado" (Fontana, 2017, p. 65), lo que demuestra la escasa base social del gobierno de Kerensky. En la madrugada del 26 de octubre, se pudo anunciar "que el gobierno provisional había caído y que el poder estaba en manos de los sóviets" (Fontana, 2017, p. 66). Inmediatamente, el nuevo régimen aprobó sus dos decretos fundacionales: "el de la paz, que hacía un llamamiento para negociar el fin inmediato de la guerra, y el de la tierra, que abolía la gran propiedad agraria y entregaba los latifundios de los nobles, de la corona y de la Iglesia a los comités y sóviets de los campesinos locales" (Fontana, 2017, p. 66). Con estas medidas, la Revolución de Octubre trascendió el marco de una revolución puramente política y democrática para convertirse en una revolución socialista, al alterar radicalmente las relaciones de propiedad y transferir el poder a una nueva clase social.

No obstante, la consolidación del poder bolchevique enfrentó limitaciones formidables y generó profundas contradicciones. La primera fue la cuestión de la legitimidad democrática. Cuando en noviembre de 1917 "los socialistas revolucionarios obtuvieron una amplia mayoría" en la Asamblea Constituyente (Fontana, 2017, p. 67), Lenin argumentó que "el triunfo de los sóviets había cambiado radicalmente las cosas" (Fontana, 2017, p. 67) y la disolvió por la fuerza. Este acto marcó el rumbo autoritario del nuevo régimen. Para hacer frente a la resistencia, "se creó un organismo, la Cheka, encargado de luchar contra la contrarrevolución y el sabotaje" (Fontana, 2017, p. 69). La guerra civil que estalló luego sumió al país en una espiral de violencia donde, como afirma Khlevniuk, "«salvajes asesinatos y actos de terror en masa se convirtieron en algo normal»" (Fontana, 2017, p.

73). En el plano económico, la política del "comunismo de guerra", basada en requisas forzosas, provocó el colapso productivo: "La producción agrícola disminuyó en un 60% [...] en buena medida porque los campesinos no tenían interés alguno en trabajar si habían de verse obligados a ceder sus productos sin compensación" (Fontana, 2017, p. 79). El descontento culminó en la revuelta de Kronstadt en 1921, donde los marinos "protestaron contra la militarización del trabajo y en demanda de mayor libertad sindical" (Fontana, 2017, p. 81). Esto forzó la retirada táctica de la Nueva Política Económica (NEP), que reemplazó las requisas por un impuesto y permitió cierto mercado, logrando "una nueva vitalidad" (Fontana, 2017, p. 93), pero "sin ninguna concesión en el terreno político" (Fontana, 2017, p. 93).

En conclusión, el proceso revolucionario de 1917 representa el tránsito de una revolución democrático-burguesa en Febrero, que eliminó la autocracia e instauró libertades formales, a una revolución socialista en Octubre, que transfirió el poder a los sóviets e inició la transformación de las relaciones de propiedad. Sin embargo, este segundo acto, gestado en el vientre de la guerra y la crisis del poder dual, alumbró un régimen que, para asegurar su supervivencia frente a la guerra civil y el aislamiento internacional, hubo de recurrir a métodos autoritarios y a la centralización extrema del poder. La consigna de Lenin de "Paz, tierra y pan" se materializó, pero a un costo humano y político inmenso, configurando un Estado cuyo carácter marcó toda la trayectoria soviética posterior. La revolución, en definitiva, cumplió su promesa de acabar con el viejo orden, pero las formas que adoptó su construcción estuvieron condicionadas por el contexto de caos y violencia en el que nació.

4- Habiendo tomado el poder, los bolcheviques y aliados debieron enfrentar una guerra contra, por un lado, los restos del ejército zarista junto a alemanes y posteriormente franceses y británicos, y, por otro, contra opositores internos. En estos enfrentamientos los bolcheviques salieron triunfando, pero el "comunismo de guerra" había dejado a Rusia destruida económicamente y con serios problemas políticos, cuyas soluciones se encararon a lo largo de la década de 1920. Desde 1921 se implementó la llamada NEP (Nueva política económica) hasta mediados de los años veinte (muerte de Lenin), y desde 1928 tuvo lugar la política de industrialización y colectivización stalinista. Analizar:

a- ¿Qué características o forma política adoptó el Estado soviético? (tener en cuenta transformaciones que pueden haberse producido con la guerra civil, finalizada la guerra civil y con el estalinismo en relación a quién y cómo se gobierna, la oposición, las ideas y debates, los sóviets y sindicatos. Fundamentar sólo con los datos que aporta el autor).

b- Las transformaciones económicas después de la guerra civil fueron profundas, tanto durante la NEP como con el giro estalinista. Explicar qué diferencias encuentra entre ambas

en relación a: objetivos, rol del estado, ramas de la producción desarrolladas, formas de trabajo, formas de propiedad (tanto en el campo como en la ciudad)

El triunfo bolchevique en Octubre de 1917 no significó el fin de la lucha por el poder, sino el inicio de un prolongado y sangriento conflicto que determinaría la naturaleza misma del nuevo régimen. La Guerra Civil, que se extendió hasta 1921, no fue un mero episodio militar, sino el crisol en el que se fundió el Estado soviético. Como afirma Fontana (2017), citando a Khlevniuk, este conflicto, donde "salvajes asesinatos y actos de terror en masa se convirtieron en algo normal", tuvo una consecuencia fundacional: "La guerra civil contribuyó a formar el nuevo estado y determinó en buena medida su trayectoria" (p. 73). Esta trayectoria estuvo marcada desde sus inicios por la centralización extrema del poder y la eliminación sistemática de toda disidencia, un proceso que se institucionalizó con la creación de "un organismo, la Cheka, encargado de luchar contra la contrarrevolución y el sabotaje" (Fontana, 2017, p. 69). Así, el período que se abre con la Revolución y se cierra con la consolidación del estalinismo representa una evolución orgánica desde un estado revolucionario bajo asedio hacia un estado totalitario burocráticamente estructurado, donde las transformaciones económicas —ya sea la retirada táctica de la NEP o la ofensiva frontal de la colectivización y la industrialización acelerada— estuvieron siempre subordinadas a una lógica política de control, movilización y terror.

La forma política del Estado soviético se definió en sus contornos esenciales durante la Guerra Civil, un contexto de emergencia que justificó, a los ojos de los bolcheviques, la suspensión de cualquier principio democrático. El primer acto fundacional de este nuevo modelo de poder fue la disolución de la Asamblea Constituyente en enero de 1918. Cuando las elecciones dieron una "amplia mayoría" a los socialistas revolucionarios, Lenin argumentó que "el triunfo de los sóviets había cambiado radicalmente las cosas" y, en consecuencia, la Asamblea fue disuelta por la fuerza (Fontana, 2017, p. 67). Este acto simbolizó la primacía del partido único sobre cualquier forma de representación pluralista y sentó un precedente irrevocable: la voluntad del Partido Bolchevique se identificaba con la voluntad general, y cualquier institución que la cuestionara era, por definición, contrarrevolucionaria.

Este principio se materializó en el aparato de terror sistemático. La Cheka, creada en diciembre de 1917, se erigió como el brazo ejecutor de esta lógica. Su función no era solo reprimir a los enemigos externos —los "blancos" y las potencias extranjeras—, sino también extirpar cualquier oposición interna. La guerra civil, por tanto, no fue solo un conflicto contra un enemigo identificable en el frente, sino una guerra social generalizada que justificó la implementación de un terror de masas. Fontana (2017) describe cómo, en este contexto, se perdió "todo sentido del bien o el mal", y cómo "salvajes asesinatos y actos de terror en masa se convirtieron en algo normal. La epidemia de salvajismo acabó afectando a los propios

bolcheviques" (p. 73). De este modo, la violencia dejó de ser un instrumento excepcional para convertirse en un método de gobierno, una práctica burocráticamente administrada que moldearía la cultura política del régimen para las décadas venideras. La centralización del poder en manos del partido, la supresión de la disidencia y el uso del terror como herramienta política constituyeron, así, el ADN del Estado surgido de la guerra civil.

Si la Guerra Civil sentó las bases del autoritarismo, fue bajo el liderazgo de Stalin que el Estado soviético culminó su transformación en una dictadura personal y burocrática total, donde el terror se aplicó de forma metódica para eliminar no solo a la oposición, sino a cualquier potencial disidencia dentro del propio partido y la sociedad. Las "Grandes Purgas" de 1937-1938 representan la expresión más acabada de este sistema. Lejos de ser una espontánea explosión de violencia, fue una campaña minuciosamente planificada. Fontana (2017) señala que "el estudio de la documentación desclasificada" revela que esta purga "costó la vida a más de setecientas mil víctimas" (p. 208). El mecanismo se puso en marcha con la "orden número 00447 del NKVD «sobre la represión de antiguos kulaks, criminales y otros elementos antisoviéticos»", una directiva que resultó en la detención de 767.397 personas y la ejecución de 386.798 de ellas (Fontana, 2017, p. 208).

El terror estalinista, sin embargo, no se limitó a una limpieza de "elementos antisoviéticos". Su lógica intrínseca lo llevó a devorar a las propias élites del régimen. La persecución

Se desarrolló en una serie de campañas que sucesivamente diezmaban el aparato del partido en las provincias, se dirigieron contra el ejército, al que se consideraba en estrecha relación con Trotsky y con el espionaje alemán [...] [y] responsabilizaron a ingenieros y técnicos de los fallos en la producción. (Fontana, 2017, p. 208)

No obstante, como destaca Fontana (2017), "la inmensa mayoría de sus víctimas fueron ciudadanos ordinarios, obreros y campesinos que no estaban implicados en ninguna de las conspiraciones contrarrevolucionarias" (p. 209). Este dato es crucial, pues desvela que el terror no era simplemente una herramienta para eliminar rivales políticos, sino un instrumento de control social masivo y de ingeniería humana. La justificación última de esta carnicería, según la visión del propio Stalin, era puramente ideológica. Fontana (2017) subraya que, "contra lo que los historiadores esperaban", Stalin estaba genuinamente "entregado a la tarea de construir el socialismo, no a la de construir una dictadura en provecho propio" (p. 209). El terror era, en su lógica, "una consecuencia del gran miedo a los peligros que amenazaban la continuidad de la revolución" y "una tercera batalla para completar la victoria de la colectivización" (Fontana, 2017, p. 209). El Estado, por tanto, se había convertido en el brazo ejecutor de un proyecto utópico cuyo precio, calculado fríamente, era el sufrimiento y la muerte de millones.

Al finalizar la Guerra Civil, la economía rusa se encontraba en ruinas. La política del "comunismo de guerra", con sus requisas forzosas, había provocado el colapso de la producción agrícola y un profundo descontento campesino, culminado en la revuelta de Kronstadt de 1921. Frente a esta realidad, Lenin impulsó un viraje táctico conocido como la Nueva Política Económica (NEP). Su objetivo primordial era político: evitar el colapso del régimen reconciliándose con el campesinado. La lógica, como explica Fontana (2017), era que "«Sólo el acuerdo con los campesinos puede salvar la revolución socialista en Rusia [...]»" (p. 92). Para lograrlo, el estado dio un paso atrás en su control absoluto de la economía.

El método central de la NEP fue el abandono de las requisas, que fueron "reemplazadas por unos impuestos en especies" (Fontana, 2017, p. 92). Esto significaba que, una vez pagado el impuesto al estado, los campesinos podían vender libremente sus excedentes en el mercado. Esta medida reintrodujo de facto la propiedad privada y los mecanismos de mercado en el campo. El rol del estado ya no era la expropiación directa, sino la extracción de un tributo y la permisividad de un sector mercantil privado. El resultado fue una rápida revitalización económica. "A fines de 1922 se podían ver ya los efectos de la NEP. Había una nueva vitalidad [...] En las estaciones de tren «los campesinos acudían con sus productos, que vendían a los pasajeros»" (Buber-Neumann en Fontana, 2017, p. 93). Esta política encontró su expresión teórica en la consigna de Bujarin dirigida a los campesinos: "«Enriqueceros, desarrollad vuestras explotaciones y no temáis que se os pongan obstáculos»" (Fontana, 2017, p. 95). De este modo, durante la NEP, las formas de propiedad en el campo fueron mixtas, predominando la pequeña propiedad campesina, mientras que el estado mantenía el "control de las alturas dominantes" de la industria pesada. Las formas de trabajo, por tanto, se alejaron de la coerción pura del comunismo de guerra para permitir una relación más flexible, mediada por el incentivo material y el mercado. Sin embargo, esta concesión económica no vino acompañada de apertura política; por el contrario, fue "acompañada por el encarcelamiento de mencheviques [...] y por la deportación de otros muchos" (Fontana, 2017, p. 93), demostrando que la lógica autoritaria del partido único permanecía incólume.

La NEP, concebida como un respiro temporal, generó tensiones internas dentro del partido entre quienes veían en ella un camino hacia un socialismo gradual y aquellos que la consideraban una peligrosa concesión al capitalismo. Con la muerte de Lenin y la consolidación del poder de Stalin, se impuso la visión más radical. El giro estalinista representó un abandono total de la lógica de la NEP y la puesta en marcha de un proyecto de transformación económica basado en la movilización forzosa y la violencia extrema. El objetivo era claro y ambicioso: lograr en una década la industrialización que a otras naciones les había llevado siglos. Para financiar esta hazaña, se volvió la mirada hacia el

campo."Como los recursos necesarios para impulsar el programa de crecimiento industrial debían salir de la agricultura, el primer paso de este programa fue la colectivización agrícola", sostiene Fontana (2017, p. 203).

Este proceso, sin embargo, se llevó a cabo "con tanta brutalidad como incompetencia" (Fontana, 2017, p. 203). El rol del estado cambió radicalmente respecto a la NEP: de ser un recaudador de impuestos pasó a ser un expropiador y organizador forzoso. "Los dirigentes provinciales, estimulados para que promoviesen la colectivización, comenzaron enviando propagandistas para convencer a los campesinos y acabaron forzándolos a integrarse en las nuevas explotaciones" (Fontana, 2017, p. 203). La forma de propiedad en el campo se transformó de manera traumática: la pequeña propiedad campesina fue abolida y reemplazada por la granja colectiva (koljós) o estatal (sovjós). La resistencia campesina fue feroz y tomó formas desesperadas:

Los campesinos que se veían forzados a entrar en las explotaciones colectivas saciaron su hambre procediendo al sacrificio en masa de su ganado —el vacuno y el porcino disminuyeron hasta la mitad, el de ovejas y cabras, hasta la tercera parte—. (Fontana, 2017, p. 204)

La consecuencia de esta política, unida a las requisas estatales que continuaron, fueron "las terribles hambrunas de los años 1932 y 1933, con una especial incidencia en Ucrania" (Fontana, 2017, p. 203). La colectivización se consolidó, en definitiva, "a costa de una primera etapa de terror con un gran número de ejecuciones [...] y del envío al exilio en Siberia de quienes se resistían" (Fontana, 2017, p. 204). Stalin mismo justificó posteriormente este horror con un cálculo macabro: "—Diez millones —exclamó Stalin levantando las manos—, fue terrible. Duró cuatro años. Pero era absolutamente necesario" (Fontana, 2017, p. 204). La economía, así, quedó completamente subordinada a los designios políticos del estado, dirigido por una voluntad única que no dudaba en sacrificar a millones de sus ciudadanos en el altar de la industrialización.

Paralelamente a la colectivización, el estado estalinista lanzó su ofensiva para transformar a la Unión Soviética en una potencia industrial. El instrumento fue el Primer Plan Quinquenal (1928-1932), el cual, de acuerdo con Fontana (2017), "se había elaborado originalmente como un conjunto de previsiones, se transformó en un sistema de órdenes, y se forzó su ejecución acelerando plazos («plan quinquenal en cuatro años») y aumentando los objetivos hasta extremos irracionales" (p. 205). Este cambio de previsión a imposición refleja el núcleo del método estalinista: el voluntarismo político por encima de la realidad económica. Stalin estaba convencido de que "había «reservas ocultas en la economía, aguardando a ser explotadas» y que la función del partido era movilizar «el entusiasmo de las masas» para sacar provecho de estas reservas" (Fontana, 2017, p. 205).

Esta lógica tuvo un impacto directo y profundo en las formas de trabajo. Dado que los aumentos de productividad no llegaban por la vía de la innovación tecnológica eficiente, se optó por métodos extensivos e intensivos de explotación laboral. En una primera etapa, "se dio prioridad a alcanzar los resultados multiplicando los brazos: al lado de trabajadores expertos se ponía a campesinos o a nómadas arrancados de la vida rural" (Fontana, 2017, p. 205). Más adelante, se implementaron campañas como el estajanovismo, que "celebraba como héroes del trabajo, y les ofrecía compensaciones adicionales, a aquellos obreros que superaban las cuotas fijadas" (Fontana, 2017, p. 205). No obstante, este método "voluntarista" sirvió en la práctica para elevar las normas de producción para todos los trabajadores, intensificando su explotación. Las ramas de la producción que se desarrollaron prioritariamente fueron, lógicamente, las de la industria pesada —siderurgia, minería, maquinaria— y la industria de defensa, en detrimento de los bienes de consumo. El coste humano de este "progreso" fue atroz. Fontana (2017) es contundente al afirmar que "estos crecimientos se estaban pagando con el sacrificio de unos seres humanos sometidos a una dura explotación y condenados al hambre" (p. 206). La fuerza de trabajo fue tratada como un recurso más, movilizado y consumido en la gran obra de la construcción del socialismo, en un sistema donde los sindicatos, lejos de defender a los obreros, se convirtieron en apéndices del estado para disciplinarlos y aumentar la producción.

La evolución del Estado soviético desde la Revolución de Octubre hasta el apogeo del estalinismo representa la cristalización de un modelo totalitario único, donde la forma política y las transformaciones económicas se fusionaron en un proyecto único de movilización y control. La Guerra Civil legó un estado de partido único, centralizado y acostumbrado al uso del terror como herramienta de gobierno. Bajo Stalin, este estado no se suavizó, sino que se perfeccionó, burocratizó y dirigió su violencia tanto hacia fuera como hacia dentro de sus propias estructuras, en un esfuerzo paranoico por eliminar cualquier sombra de disidencia y homogenizar el cuerpo social.

Económicamente, el giro desde la NEP hacia la colectivización y la industrialización forzosa marcó el triunfo de una visión que subordinaba por completo el bienestar humano y las leyes económicas a los imperativos políticos e ideológicos de construir el socialismo. La lógica de la movilización forzosa, que Fontana (2017) identifica en la creencia de Stalin de que "todo se podía resolver desde el plano de la acción política, «movilizando a las masas»" (p. 203), fue el hilo conductor que unió la colectivización del campo, los planes quinquenales y las Grandes Purgas. El estado stalinista no fue, en última instancia, una dictadura personal en beneficio de un hombre, sino la encarnación burocrática de un proyecto utópico y deshumanizador, convencido de que el fin —"la tarea de construir el socialismo" (Fontana, 2017, p. 209)— justificaba cualquier medio, por sangriento y brutal que este fuera. El

Universidad Nacional de Salta - Facultad de Humanidades

Escuela de Historia - Introducción a la Historia de las Sociedades - T.P. N° 6

Sigler, Tamara Agostina - DNI 46059254

**resultado fue la creación de un sistema donde el poder del estado sobre la vida, la muerte y el trabajo de los individuos alcanzó una magnitud sin precedentes en la historia moderna.**